

## Narraciones de un escritor de opio

### *Un poco triste pero más feliz que los demás*

RAFAEL CHAPARRO MADIEDO  
ALEJANDRO GONZÁLEZ OCHOA  
(compilación)  
TOBÍAS (ilustración)  
Tropo, Zaragoza, 2013, 108 pp., il.

CHAPARRO TIENE numerosos lectores devotos como consecuencia de su única publicación en vida, *Opio en las nubes*, novela premiada por Colcultura (1992), que durante más de 20 años ha dividido entre el escepticismo y el entusiasmo a críticos y lectores; entre aquellos para los que el ácido estribillo “trip, trip, trip” es divisa de gueto y quienes juzgan que es un escritor mediocre y sobrevalorado.

Chaparro estudió en el Colegio Helvetia y en la Universidad de los Andes; trabajó en la revista liberal *Consigna* (de Jorge Mario Eastman) y en el periódico conservador *La Prensa* (de Juan Carlos Pastrana); fue libretista del programa de humor político *Zoociedad* y del infantil *La Brújula Mágica*. Fallecido a los 31 años, comparte con Andrés Caicedo (quien vivió hasta los 25) varias características: muerte temprana, poca obra publicada en vida, marginalidad en los temas, melomanía, y continuar publicando desde ultratumba gracias al entusiasmo de sus lectores; estas coincidencias entre los dos darían para intentar un estudio que hasta hoy nadie ha realizado.

La introducción del libro, así como la selección y compilación del material, estuvieron a cargo de Alejandro González Ochoa, periodista nacido en Medellín, que si no es la persona que más conoce la obra del bogotano, sí es el más afiebrado de sus lectores y el primero de sus exégetas. Antes de la presente compilación, debemos a él: *Zoológicos urbanos: historias mutantes de Rafael Chaparro Madiedo* (2009) y *Crónicas de opio: testimonios sobre el escritor que quería ser gato* (2012), selecciones también de crónicas escritas por Chaparro y de textos sobre él.

Junto a los textos, cuya extensión por sí sola no daba para un libro de

poco más de cien páginas, se incluyen 20 ilustraciones de Tobías (nombre artístico de Juan David Jaramillo), imágenes psicodélicas, solladas y coloridas, íntimamente relacionadas con el contenido que acompañan.

El libro reúne 20 textos publicados por Chaparro en *Consigna* y *La Prensa*, más o menos entre 1988 y 1995, cuando tenía entre 24 y 31 años; desafortunadamente, no hay indicación exacta de las fechas y los números de las publicaciones de donde fue tomado el material. Los textos son misceláneos y su extensión desigual; se adivina con facilidad su género: columnas de prensa, crónicas periodísticas, memorias de viaje, cuentos, fragmentos espulgados de *Opio en las nubes*, textos de ocasión, cartas de amor, confesiones personales, elegías o conmemoraciones. En general de carácter autobiográfico, presentan un cronista muy sensible, nostálgico prematuro de unos tiempos idos que acaban de pasar, de unas situaciones y unos eventos ocurridos hace muy poco; a veces se siente al autor extrañando muy pronto su pasado reciente y otras como un joven envejecido. Algunos de sus temas son la vida de barrio de un niño bien y los hitos históricos que recuerda de su infancia, adolescencia y juventud; el gusto por el rock y la cultura popular: constantemente alude a grupos musicales, programas de televisión y marcas comerciales de su época.

Acontecimientos que son universales se presentan bajo una particular mirada local. El golpe de Estado a Salvador Allende (1973), la llegada de los sandinistas a Managua (1979), el asesinato de John Lennon (1980), llegan al autor mediados por la radio y la prensa escrita. Es curioso que Chaparro sea sensible a hechos internacionales y sorprende la evasión, en cambio, de los acontecimientos nacionales.

La ciudad, para Chaparro, es un pretexto para hablar de sí mismo y del lugar en donde estaba cuando ocurrieron los hechos del mundo que le conmovieron, y con los que tuvo contacto a través de los medios de comunicación. La Bogotá específica de Rafael Chaparro es la de los barrios residenciales del noroeste de la ciudad: Pasadena, Puente Largo, Niza, Calatrava; también, y como escenarios de

tránsito y diversión, la ciudad nocturna de los barrios El Lago, el Country y Chapinero. Esa es la ciudad que habita, vive y conoce. La otra ciudad, el resto, apenas la intuye, la anhela o se la imagina cada vez que ve la marca de las carrocerías de los buses Blue Bird, que está repujada (como recordarán los que alcanzaron a usar los buses anaranjados) en los espaldares de las sillas; quizá por eso, para narrar el sur, Chaparro elige la ficción.

En la presente selección hay cuatro cuentos, uno bélico-erótico inspirado en la guerra del Golfo (pélvico), y tres sobre Bogotá: una parodia en clave apocalíptica del Génesis bíblico ubicado allí, un monólogo de un caminante de la noche, y uno de ciencia ficción que transcurre durante la Navidad de 2021. Sin embargo, el mejor Chaparro es el de los textos en los que se aleja del referente bogotano. Por ejemplo, en esta selección hay cuatro testimonios viajeros, dos sobre Cuba (a donde asistió en 1989 a un taller dictado por García Márquez en San Antonio de los Baños), uno sobre el cementerio Père-Lachaise en París, y una corta reminiscencia de Praga (quizá publicada originalmente como columna), que sobresalen como textos periodísticos pero a la vez como crónicas literarias. En esos materiales más internacionales, logra frescura al liberarse de la atmósfera contaminada de su ciudad natal. Ese Chaparro periodista es superior en calidad al novelista; más taquillero el segundo, mejor escritor el primero. Claro, los dos son el mismo Chaparro, pero la del novelista y la del periodista son prosas diferentes. En este libro se muestra más “aterrizado”, preciso, ajustado, mejor pensado.

Sin embargo, los lectores devotos encontrarán el estilo marca de casa entre lugares comunes y figuras retóricas, por ejemplo, cuando usa la anáfora:

(...) soportar la insoportable levedad de ser, esa insoportable levedad de levantarse todas las mañanas con las tripas pegadas al corazón, esa insoportable levedad de tener pesadillas en el núcleo negro del asfalto, esa insoportable levedad de explotar en la mitad de la ola amarilla de calor, esa insoportable levedad de morir cada día en la confusión azarosa de los días (p. 14).

RESEÑAS		LITERATURA
<p>O cuando recurre a la sinestesia: “En La Habana, el mar de algún modo hace que las palabras suenen diferente, suenan a sal, a gaviota, a coral, a beso en el malecón” (p. 35). O a la enumeración caótica:</p> <p>En estos momentos los servicios de urgencias del doctor Rock y de la enfermera jefe son requeridos por este columnista pues tengo una sobredosis inminente de Janis Joplin, Kundera, ojos claros, manos blancas, Morrison, Pearl Jam, Nirvana, Mick Jagger, Jimi Hendrix, Baudelaire, Rimbaud, opio, nubes, Amarilla, Pink Tomate, Marciana, calles, café, tabaco, máquina de escribir, mañanas sin sol, lluvia, techos, bares, licor, humo azul, obladí obladá, pájaros negros, piedras en el zapato, aviones, gasolina en el corazón (...). (p. 17)</p> <p>Quizá el único error del volumen sea el no haber levantado la información con exactitud; a menudo se olvida que, después de dos o tres semanas, los libros dejan de ser novedades y pasan a formar parte de la historia y la tradición bibliográfica. En este caso, por tratarse de un autor fallecido, las compilaciones de sus textos pasan a ser objeto de estudio de la filología, y por lo tanto, por ser un libro recopilatorio, es prudente y generoso anotar siempre las fuentes. Flaco favor hizo el compilador a los estudiosos y entusiastas presentes y futuros, al no aportar los datos sobre la procedencia de los textos, información que era muy fácil incluir, entre paréntesis bajo cada título, en notas de pie de página o en un anexo al final del libro. Para González Ochoa (que tiene el trabajo adelantado) o para otro entusiasta, queda la tarea de editar los más o menos 300 textos periodísticos (cifra anotada por el compilador en el prólogo, p. 6), que podrían ser la obra completa de Chaparro como periodista; no debe ser difícil encontrar alguna editorial que esté dispuesta a asumir los riesgos.</p> <p>El mejor legado de este libro es comprobar la salud de la pasión por la lectura, hecho que evidencia el compilador en el esbozo autobiográfico que hace en el prólogo, el deleite con que describe los efectos de su lectura, la intención generosa de transmitírselos a los demás, el celo profesional con que ha buscado el material en hemerotecas</p>	<p>y el esfuerzo de encontrar editoriales para libros que ni siquiera son propios, sino de y sobre su autor dilecto. Claro, Chaparro Madiedo tiene millares de lectores entusiastas, pero la virtud de Alejandro González Ochoa es haber sido el primero y hasta ahora el único que no se ha conformado exclusivamente con <i>Opio en las nubes</i> y, ante la ausencia de otros, ha armado él mismo nuevos materiales. Sin embargo, ese entusiasmo también entraña, al menos, un par de riesgos: el primero, utilizar a los autores “grandes” con el fin de promocionarse, lo que no parece ser en este caso; y el segundo, olvidarse de que el hecho de elegir autores tutelares y entregarse a ellos con fervor, promocionándolos y divulgándolos, implica paradójicamente la inacción, el quedarse ahí, el no superar esa pasión adolescente.</p> <p style="text-align: right;"><b>Carlos Soler</b></p>	